

## ¿Naturaleza o arteficio? La genética del lenguaje en el siglo XVIII

Carlos R. Luis\*

Universidad de Buenos Aires

---

### Abstract

In accordance with the sensualist principle that ideas stem from sensations, some of the philosophers of the Enlightenment, specially Condillac and his followers, faced the problem of language by looking at its origins. This *genetic view* focused on two aspects: parts of speech and word order. Their search for the origin of language –either historical or conjectural in nature– was part of the criticism to rationalist innatism. Concerning parts of speech, there are different hypotheses on the order in which they arose and the material needs they were a response to. As for word order, these authors' theories bring the principle of logical, natural or universal structures into question..

**Key words:** grammar, linguistics, semiotics, Enlightenment, philosophy of language.

### Resumen

En concordancia con el principio sensualista de que las ideas nacen de las sensaciones, parte de la filosofía de la Ilustración, en especial la corriente representada por Condillac, respondió a la pregunta por el lenguaje estudiando su origen. Esta *genética* se centró en dos aspectos: las partes de la oración y el orden de las palabras en la frase. La búsqueda de un origen, histórico o conjetural, surgió como parte de la crítica al racionalismo innatista. Respecto de las partes de la oración, hay diferentes hipótesis sobre en qué orden fueron inventadas y según qué necesidades o progresos. En cuanto al orden, los autores elaboran teorías que cuestionan el principio de una construcción lógica, natural o universal.

**Palabras clave:** gramática, lingüística, semiótica, Ilustración, filosofía del lenguaje.

---

*...consideré la posibilidad de un lenguaje que ignorara los sustantivos; un lenguaje de verbos impersonales o de indeclinables epítetos. (J. L. Borges, "El inmortal")*

*Cuando comparamos nuestras conquistas intelectuales, nuestras opiniones, costumbres e instituciones con las que prevalecieron entre tribus incultas, no puede dejar de surgir en nosotros una interesante pregunta: ¿por medio de qué pasos graduales se produjo la transición desde los esfuerzos simples de una naturaleza no cultivada a un estado de cosas tan maravillosamente artificial y complicado? (Dugald Stewart sobre Adam Smith)*

### 1. Introducción

La opinión actual sobre el tema del origen del lenguaje parece motivada por un pasaje del *Curso de lingüística general*: "En cualquier época que elijamos, por antiquísima que sea, ya aparece la lengua como una herencia de la época precedente. El acto por el cual, en un momento dado, fueron distribuidos los nombres entre las cosas [...] es verdad que lo podemos imaginar, pero jamás ha sido comprobado" (Saussure [1916] 1945: 136). ¿Cuál puede ser la

---

\* Correspondencia con el autor: [cluis@filo.uba.ar](mailto:cluis@filo.uba.ar).

razón de que Saussure hiciera esta referencia que parece marcar definitivamente el desinterés por la cuestión del origen? De todos modos, esta afirmación legitima la clausura de un período de pensamiento y propone un tratamiento del lenguaje que fue finalmente acatado por una lingüística recién refundada.

Es cierto que Saussure no es el primero en establecer este límite. Sabemos de la prohibición de tratar el tema que temporariamente (entre 1866 y 1876) fue mantenida en los estatutos de la Sociedad Lingüística de París (Auroux 1998: 56). No obstante, puede haber otras razones para considerar poco relevante, desde el punto de vista de la ciencia positiva, la cuestión del origen. En la segunda mitad del siglo XIX proliferaron estudios sobre el tema, que para las academias y universidades pudieron parecer especulativos y aun fantasiosos; sobre todo tratándose de una pregunta que muchos consideran sin respuesta. Respecto de la cantidad de trabajos, Michel Arrivé (2001: 86) dice al pasar que, mientras investigaba la obra de Carl Abel, autor de un artículo “Über den Ursprung der Sprache”, el número de artículos con ese título en la Alemania de fin del siglo XIX era “algo impresionante”.

Este trabajo aborda un período en el que el tema del origen aparece en toda su *necesidad*, casi como consecuencia natural dentro de la lógica del empirismo y, sobre todo, del sensualismo, seguido por tantos pensadores de la Ilustración francesa (y aun británica, si se tiene en cuenta el único escrito que Adam Smith dedicó al lenguaje). Desarrollaré aquí la cuestión de la *genética* del lenguaje en Condillac, Rousseau y Diderot, incluyendo alguno de sus oponentes, que provienen del campo del racionalismo cartesiano. Como veremos, el racionalismo innatista excluía toda investigación de un desarrollo progresivo del lenguaje al relacionarlo con el principio de la razón inmutable. Para quienes afirmaron, en cambio, que las ideas van surgiendo del contacto con el mundo externo, a través de los sentidos y como producto de las sensaciones, el lenguaje se presenta, desde un punto de vista epistemológico, como el lugar donde observar el desarrollo del conocimiento a partir del despliegue de sus condiciones naturales y, desde lo ideológico, como una prueba del progreso humano que se evidenciaría en el estado de perfección alcanzado con la conquista de las Luces.

Llamo *genética* a esta manera de estudiar el lenguaje, sugiriendo así que no se trata de estudios fácticos. Tomé el término de Sylvain Auroux (1979: 55). Con una cita de Rousseau, este autor sintetiza la diferencia que quiero establecer: “Rousseau declara [...] que sus conclusiones no deben tomarse por ‘verdades históricas, sino solo por razonamientos hipotéticos y condicionales, más apropiados para explicar la naturaleza de las cosas que para mostrar su verdadero origen’”. Podemos agregar también estas palabras de Condillac: “Cuando hablo de una primera lengua, no pretendo establecer que los hombres la hicieron, solo pienso que pudieron hacerla” (*Grammaire*, 1ª parte, cap. 2).

El remontarse al origen es un principio metodológico. En el siglo XVIII se pensaba que las lenguas habían llegado a un altísimo punto de su formación; el grado alcanzado por el pensamiento así lo testimoniaba (o así lo exigía); entonces, preguntarse cómo se llegó a ese punto de perfección produjo un movimiento de regreso, un remitirse a la edad inicial y reconstruir el camino que habrían seguido los hombres. Era natural que para estudiar los orígenes del lenguaje se partiera de las lenguas ya formadas (*perfeccionadas*, como solía decirse). De ellas se tenía un conocimiento casi exhaustivo, no solo de su gramática, sino también de sus posibilidades: el poder clasificatorio del lenguaje, que recreaba y ordenaba un mundo natural casi intocado desde Aristóteles, y un arte de razonar cuyo poder permite desarmar el sistema de la Escolástica. Estos son avances heredados del XVII, sin duda; pero el pensamiento de la Ilustración no solo los profundiza, sino que, al oponerse al innatismo que supone un hombre original dotado de todas las capacidades operacionales del pensamiento y

capaz de inventarse un lenguaje para manifestarlo,<sup>1</sup> busca en ese pasado hipotético los modos y procedimientos que hicieron la transformación del hombre en estado de naturaleza en un ser social, un ser de lenguaje. Y ve en ese trabajo un modelo de progreso futuro.

Me propongo aquí mostrar dos aspectos de la visión genética en relación con el lenguaje. Retomo así lo que llamé en otra ocasión “genéticas de la frase”, las distintas propuestas de un orden de invención de las diferentes clases de signos por filósofos gramáticos del siglo XVIII.<sup>2</sup> Esto será materia de una primera parte. La segunda se refiere a la inversión del orden de palabras en la frase, un tema que ya había suscitado interesantes debates en el siglo XVII y que los filósofos y gramáticos de la Ilustración mostraron la posibilidad de abordarlo con el método genético.

## 2. Genética de las clases

La genética de las clases de palabras es, en cierto modo, una historia del pensamiento. El trabajo de invención de cada clase es también –desde la visión antropológica de la Ilustración como una posibilidad de intervenir en el mejoramiento del hombre a través de la adquisición y difusión del conocimiento– una etapa en el despliegue progresivo del pensamiento.

Para el sensualismo, doctrina seguida por muchos de los enciclopedistas e ilustrados, el hombre en estado de naturaleza tuvo ideas puesto que tiene sensaciones. Y poseyó una forma de juicio, puesto que percibir ya es juzgar: ambas son operaciones que comparte con los animales. Ese *juicio como percepción* deviene *juicio como afirmación* solo con la invención de los signos artificiales, que dan las ideas distintas, base de la comparación y la reflexión. En cuanto al razonamiento, este exigía otro paso en la formación del lenguaje, y así lo revela el análisis genético de las clases.

En el capítulo “De las palabras”, del *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* [EOCH] (1746), **Etienne Bonnot de Condillac** observa al tratar las conjunciones ([1746] 1999: 220):

[...] razonar consiste en la expresión de las relaciones que hay entre proposiciones [...] es evidente que solo las conjunciones nos suministran los medios. [...] y no se estuvo en situación de expresar con nombres aquellas relaciones de las que ellas son signos hasta después que estuviesen fijados por circunstancias señaladas y después de muchas tentativas.

Esas partículas, venía diciendo Condillac ([1746] 1999: 220), “describen el modo como nos afectan los objetos y los juicios que sobre ellos formamos, con una finura que por largo tiempo se escapó a la rudeza de los espíritus; esta hacía a los hombres incapaces de razonar.” Tal operación del espíritu no fue un don recibido; fue un largo y costoso trabajo del entendimiento, guiado solo por el impulso de las necesidades.

En el fragmento citado estamos, con las conjunciones, ante la última invención. Solo faltaba hacer de los pronombres, muy tempranamente marcados con gestos, un sistema que no sería construido hasta que los hombres se acostumbrasen a sustituir un signo por otro.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> La expresión *signos inventados por los hombres* está en la *Gramática general y razonada* de 1661 (7), pero el modo de esa invención no fue de interés para el racionalismo.

<sup>2</sup> Cf. C. R. Luis (en prensa).

<sup>3</sup> Smith ve de otro modo la dificultad de esta clase, sin recurrir a la noción de palabra que sustituye. Los pronombres (personales) no son el nombre de una clase particular de objetos, como el nombre común; al contrario, se los usa como designación de un individuo preciso. Son a la vez nombre común y nombre propio por la particularidad de su referencia: reúnen “las cualidades aparentemente contradictorias de una individualidad precisa y una generalización muy extendida” ([1759] 1970: 333).

Afirmé que el trabajo de reconstrucción genética parte de un imaginario, una lengua ya formada; imaginario sustentado en el hecho de que las lenguas están suficientemente descritas, es decir, del dato real de los estudios gramaticales del último siglo. Sin duda, la complejidad de las conjugaciones, prueba de toda una riqueza de signos ordenadores de la percepción del tiempo, era un punto cuyo esclarecimiento requería un esfuerzo teórico: ¿cómo explicar en su desarrollo esa complejidad de operaciones del espíritu? ¿Cómo pasar del mero infinitivo al sistema que ostentan las lenguas evolucionadas? Hay, no obstante, coincidencia entre nuestros autores en situar la necesidad del verbo en una etapa temprana. Para Condillac se lo habría expresado por medio de una *acción* (del cuerpo) antes de ser un segmento significativo de voz que convivía con otras unidades ya expresables con signos articulados. Para otros, como Diderot, los verbos habrían sido manifestados por formas infinitas. Pero la flexión, el pasaje de lo infinito a lo finito, es decir, a lo acotado por la situación de habla, tenía que ser vista como un proceso largo y complicado. En la *Carta sobre los sordomudos* (1751) Diderot supone que los signos de los tiempos o de las porciones de duración fueron, dada su dificultad, los últimos que se inventaron, y que “durante siglos” los hombres solo se manejaron con el presente del indicativo o del infinitivo.<sup>4</sup> Adam Smith, por su parte, es de la hipótesis de que los primeros verbos fueron impersonales, y “comenzaron a hacerse personales por medio de [...] la tercera persona del singular” ([1759] 1970: 331).

En el *EOCH*, Condillac da una versión pormenorizada del origen de las conjugaciones, desde aquella forma indeterminada del verbo a la compleja estructura de los sufijos de flexión. El futuro, por ejemplo, nace como una especie de adverbio, como un agregado significativo, “à l’avenir” (“en lo venidero”), que unido a la forma infinitiva acabó formando con ella una sola palabra. Dice Condillac ([1746] 1999: 210):

Como siempre se añadían los sonidos que determinaban la significación del verbo, estos formaron con él una sola palabra, que terminaba diversamente según las distintas acepciones. Entonces fue considerado el verbo como un nombre que, si bien indefinido en su origen, por la variación de sus tiempos y de sus modos había llegado a ser apto para expresar de una manera determinada el estado activo o pasivo de cada cosa. De esta suerte llegaron los hombres poco a poco a inventar las conjugaciones.

Como pensador ilustrado, **Jean Jacques Rousseau** no podía dejar de ver los objetos de conocimiento como procesos a partir de un origen, sea la sociedad o el lenguaje. Pero, si bien ensaya la genética como método de abordar el lenguaje, también descubre que si no se esclarece el origen de la sociedad, el tratamiento del lenguaje lleva a razonamientos circulares. El pasaje dedicado a explicar el origen del lenguaje, en el *Discours sur l’origine et les fondements de l’inégalité parmi les hommes* [DODH] (1755), ya comienza anunciando los obstáculos de esa empresa. Supone para empezar un “primer lenguaje”, anterior a la sociedad pues es el “grito de la naturaleza”, arrancado como por instinto en situaciones de peligro o violencia. Más tarde habrá “una comunicación más estrecha”, que se dará en función de la multiplicación de las ideas, la que lleva a la busca de signos, a enriquecer las inflexiones de la voz y añadirle gestos (estos, dice, son más expresivos y requieren menos acuerdo previo). Hay una inversión, respecto de Condillac, en cuanto a la prioridad de la voz. Recordemos que este daba prioridad a los movimientos corporales en su *lenguaje de acción*, en el que los gritos inarticulados tenían una función solo de “aviso” de lo que se iba a gestualizar. Para Rousseau los gestos son limitados, “la oscuridad y la interposición de un cuerpo los hace inútiles”; esto es lo que llevó a enriquecer las articulaciones de la voz, que son los verdaderos signos, pues su diferente naturaleza respecto de las ideas las hace aptas para ser *instituidas*

<sup>4</sup> Deduce esto de la dificultad que halla en hacer entender a un sordo la diferencia entre *hice, he hecho, hacía*, etc.

como tales. Pero la sustitución del gesto por la voz “no pudo hacerse sin un consentimiento común y de una manera muy difícil de practicar para hombres cuyos órganos groseros no tenían todavía ningún ejercicio; y más difícil aun de concebir en sí misma, porque este acuerdo unánime tuvo que ser motivado y porque el habla parece haber sido necesaria para establecer el uso del habla” (Rousseau [1755] 1999: 39). Aun consciente de esta circularidad, Rousseau continúa desarrollando su hipótesis genética ([1755] 1999: 40):

Cabe suponer que las primeras palabras de que hicieron uso los hombres tuvieron en sus espíritus una significación mucho más extensa que las que se emplean en las lenguas ya formadas, y que ignorando la división de la oración en sus partes constitutivas, dieron a cada palabra el valor de una proposición entera. Cuando comenzaron a distinguir el sujeto del atributo y el verbo del nombre, lo cual no debió ser un mediocre esfuerzo de genio, los sustantivos no fueron más que otros nombres propios y el presente del infinitivo el único tiempo de los verbos. En cuanto a los adjetivos, la noción de ellos debió desarrollarse muy difícilmente, porque todo adjetivo es una palabra abstracta y las abstracciones son operaciones difíciles y poco naturales.

Los sustantivos fueron nombres particulares de los objetos, que se presentaban al espíritu aisladamente “como lo están en el cuadro de la naturaleza”. Requirió mucho tiempo observar lo que esos particulares tienen en común, es decir, llegar a los *términos generales*, “de modo que, mientras más limitados eran los conocimientos, más extenso era el diccionario.” Curiosamente, en este punto Rousseau comienza a encontrar objeciones a su propia versión ([1755] 1999: 40):

El obstáculo de toda esta nomenclatura no pudo ser vencido fácilmente, pues para ordenar los seres bajo denominaciones comunes y genéricas era preciso conocer las propiedades y las diferencias, hacer observaciones y definiciones; es decir, conocer la historia natural y la metafísica, cosas muy superiores a las que los hombres de aquel tiempo podían realizar.

Y a medida que avanza en su texto, va agrandando la brecha entre el aquel estado de naturaleza y el orden civilizado hasta hacerla infranqueable. Su argumentación, a partir de aquí, se obstina en esa circularidad ya intuida que refuta cualquier razonamiento tendiente a esclarecer cómo el salvaje deviene un ser de lenguaje. En efecto, ¿cómo pasar del nombre propio al nombre general? Eso ya supone lenguaje: “las ideas generales no pueden introducirse en el espíritu más que con la ayuda de las palabras, y el entendimiento solo las capta por proposiciones [...] es necesario hablar para tener ideas generales” ([1755] 1999: 40).

Suponiendo que esos *nuevos gramáticos*, como irónicamente designa a los hombres primitivos, hubiesen alcanzado alguna generalización, ese método no habría podido expandirse; la ignorancia de aquellos hombres les habría hecho crear insuficientes géneros y especies, por sus limitaciones para conocer las diferencias entre los elementos clasificados. Si aun hoy seguimos descubriendo nuevas especies que habían escapado a nuestras observaciones, piensa, cuánto menos habrán visto aquellos seres primitivos, que solo juzgaban las cosas por su aspecto inmediato. Y qué decir de nociones generales como *materia, espíritu o sustancia*. Admitiendo que los hombres hayan podido inventar la parte más fácil de la lengua, los sustantivos físicos, hay un camino imposible de imaginar por el cual esta llegase a “expresar todos los pensamientos de los hombres, adquirir una forma constante”, servir a la retórica (“ser hablada en público e influir en la sociedad”), expresar el número, inventar los tiempos de los verbos, las partículas, la ligazón de las proposiciones, los razonamientos: todo aquello de que, por otra parte, Condillac había dado minuciosa razón. Es decir, cuanto más piensa en los progresos alcanzados, mayor se le aparece el salto que va del origen al hombre civilizado.

Rousseau deja la reflexión sobre esta materia a sus jueces<sup>5</sup>; se confiesa “espantado por dificultades que se multiplican y convencido de la imposibilidad casi demostrada de que las lenguas hayan podido nacer por medios puramente humanos” y concluye: “dejo a quien pueda emprenderla la discusión de este difícil problema” ([1755] 1999: 42). Pero antes de abandonar el tema del origen del lenguaje en mitad del *Discurso*, vuelve a plantear la última circularidad que motivó su espanto: “¿qué ha sido más necesario, ir de la sociedad ya formada a la institución de las lenguas o ir de las lenguas ya inventadas al establecimiento de la sociedad?”.

De las dificultades que declara Rousseau me detendré en dos: la relación entre sociedad y lenguaje y la invención de los términos generales. En ambas se trasluce la crítica a Condillac, primero explícita al abordar el asunto ([1755] 1999: 37):

[...] podría bastarme citar o repetir aquí los estudios [sobre el origen del lenguaje] que hizo el Sr. Abate de Condillac y que confirman plenamente mi sentimiento y que posiblemente me dieron la primera idea. Pero por el modo como este filósofo resuelve las dificultades que se plantea [...] sobre el origen de los signos de institución, mostrando que ha dado por supuesto lo que yo pongo en cuestión, es decir, una sociedad ya establecida entre los inventores del lenguaje, creo que al remitirme a sus reflexiones debo juntarles las mías para exponer las mismas dificultades con la claridad que conviene a mi asunto.

Recordemos que Rousseau concibe el estado puro de naturaleza como una situación en que los hombres estaban dispersos, sin “ninguna correspondencia entre ellos ni ninguna necesidad de tenerla”; no se concibe, entonces, ni la necesidad ni la posibilidad de la invención del lenguaje. Si hubo *lenguaje*, no es lógico pensar en una trasmisión de padres a hijos; serían estos, por su indefensión, quienes lo necesitarían y por ende habrían hecho “el mayor gasto en invención”. Y aun así, el lenguaje sería exclusiva obra de los hijos, lo cual daría tantas *lenguas* como individuos; más aun si agregamos “la vida errante y vagabunda, que no deja a ningún idioma el tiempo de tomar consistencia” ([1755] 1999: 38).

Señalé antes la coincidencia entre lo que Rousseau ve como dificultades y los puntos para los cuales Condillac había aportado hipótesis plausibles; agrego que esa coincidencia muestra la exposición rousseauiana sobre el origen como una crítica a esas hipótesis. Una crítica que lleva la siguiente encrucijada: apelar a factores no humanos o guardar silencio (“dejo la discusión a quien pueda emprenderla”).

Veamos cómo Condillac había sido resuelto el problema en el *EOCH*. La segunda parte comienza admitiendo la versión bíblica: el “extraordinario auxilio de Dios” por el cual Adán y Eva dispusieron de lenguaje. A eso sigue un “pero yo supongo...”, una hipótesis de catástrofe (¿qué más verosímil que una catástrofe?) que se corresponde con el Diluvio, produciendo así un nuevo comienzo: Condillac supone dos niños, mujer y varón, sobrevivientes, extraviados y sin lenguaje. Y se hace una aparente pregunta ([1746] 1999: 151): “¿Quién sabe si hasta algún pueblo no tuvo su origen en un suceso semejante? Permítaseme hacer esta suposición; la cuestión consiste en saber cómo esta nación naciente se ha creado una lengua”.

Magistralmente, el Abate realiza con esto varias operaciones. Aísla el mito adánico y refunda el origen. En palabras de Derrida, “el acontecimiento del diluvio [...] libera aquí el funcionamiento de la explicación natural” (1994: 180). Da estatuto de sociedad al *estado salvaje*, prelingüístico. Deja a los hombres el trabajo de inventarse una lengua.

Esa lengua será el *lenguaje de acción*, esos hombres tendrán como única herramienta los *sentidos*; como ideas, las únicas, las que nacen de las sensaciones. Sociedad, lenguaje y pensamiento surgen en simultaneidad y se correlacionan. En el lenguaje de acción, natural,

<sup>5</sup> Se refiere al jurado del premio de la Academia de Dijon, para el cual compite con el *Discurso*.

pobre y limitado, los hombres encontrarán el modelo para hacer un lenguaje de signos artificiales.

La respuesta de Condillac a la crítica de Rousseau llegará mucho más tarde, cuando publique su *Grammaire*.<sup>6</sup> En ella dirá que los hombres tenían los elementos para hacer esa primera lengua. No necesitaban, dice, todo el saber que exige Rousseau, pues aquella lengua fue (o habría sido) imperfecta. Si buscásemos hoy un símil de ella, lo hallaríamos en el lenguaje de un niño. No era preciso, para hacerla, conocer las propiedades de las cosas ni saber hacer definiciones. Bastó que los hombres tuvieran *necesidades*; estas les hicieron observar (Condillac [1775] 1798: 28)

[...] no las propiedades de las cosas, sino las relaciones sensibles de las cosas entre ellas. Y las observaron porque las sentían y porque no podían dejar de sentirlas. Esas relaciones, conocidas o sentidas, empezaron a darles ideas, pero ideas imperfectas que los dejaban en la imposibilidad de hacer definiciones o que no les permitían hacerlas más que como nosotros nos las hacemos a veces. Esas ideas [...] bastaban para hacer notar las semejanzas y las diferencias entre las cosas y, por eso, para tener denominaciones comunes y genéricas y para distribuir los seres en diferentes clases. Todo eso no pedía más que esa porción de metafísica que está en nosotros aún antes de que sepamos hablar y que las necesidades hacen desarrollar en los niños.

Volvamos a Rousseau; en el *DODH*, vimos, él ya había renunciado a reconstruir la evolución paso por paso. En el *Essai sur l'origine des langues* [*EOL*] (1763), asume otra perspectiva frente al origen: buscará las diferencias entre lenguas antes que el origen del lenguaje como tal. Su materialismo, podría decirse, ya lejos de convocar factores no humanos, se dirige a las *causas naturales* de la diversidad. El *EOL* se abre con una distinción entre el *habla* como facultad: “El *habla* [*parole*] –por un lado– distingue al hombre entre los animales”, mientras que el *lenguaje* es ejercicio diversificado del habla, “el lenguaje distingue a las naciones entre sí; solo se sabe de dónde es un hombre después que ha hablado”. Y se pregunta de dónde proviene esa diversidad de lenguaje: la respuesta es *de causas naturales*, de diferencias geográficas, climáticas, etc. Para conocer el origen de esa diversidad, dice, “hay que remontarse a alguna razón que se refiera a lo local y que sea anterior a las costumbres mismas; siendo el habla la primera institución social, debe sus formas solo a causas naturales” ([1763] 1998: 109).

En el *EOL*, por tanto, no se entra en la cuestión de la actividad del espíritu en la invención de las palabras. Es más: la lengua hablada queda equiparada a otros códigos, como el lenguaje gestual, las lenguas de los sordomudos, los *salamés*.<sup>7</sup> Así, “si solo hubiésemos tenido necesidades físicas, habríamos perfectamente podido no hablar nunca [...] habríamos podido establecer sociedades poco diferentes de lo que son hoy y que inclusive habrían alcanzado mejor sus objetivos [...]”. Y así nos va conduciendo a la idea de una facultad *a priori* (Rousseau [1763] 1998: 113):

<sup>6</sup> Rousseau muere en 1778. La *Gramática* aparece en 1775 como parte de una obra extensa, el *Curso de estudios para la instrucción del Príncipe de Parma*. El texto que comento está en una larga nota al capítulo II (27) que comienza: “Cuando hablo de una primera lengua, no pretendo establecer que los hombres la hicieron, solo pienso que pudieron hacerla. No es la opinión de M. Rousseau. *Para hacer una lengua*, dice, *hacía falta ordenar los seres bajo denominaciones comunes y genéricas [...], conocer sus propiedades y sus diferencias; hacían falta observaciones y definiciones; es decir, historia natural y metafísica, mucho más de lo que los hombres de ese tiempo podían tener.* (Cf. el pasaje citado del *DODH*, 39, citado arriba.)

<sup>7</sup> Rousseau explica en nota: “Los salamés son multitudes de cosas de las más comunes, como una naranja, una cinta, un pedazo de carbón, etc., cuyo envío forma un sentido conocido por todos los amantes en las regiones en que esa lengua es usada.”

La invención del arte de comunicar nuestras ideas depende menos de los órganos que nos sirven para ello que de una facultad propia del hombre que lo lleva a usar sus órganos con ese fin y, si le faltare alguno, lo hará usar otros.

Vemos por este pasaje que Rousseau no está “corrigiendo” el rumbo tomado en el *DODH*; más bien, creo, está realizando un recorte que le permita centrar su objeto: este no es “el habla” en el sentido señalado en la cita de arriba, sino *las lenguas*. Así lo dice el título del ensayo y así serán distinguidas, en capítulos siguientes, lenguas meridionales (IX) y las lenguas del norte (X), con sus *diferentes* orígenes; “en cuanto a los medios que llevan a los hombres a unirse, están determinados por el clima y por la naturaleza del suelo. Por tanto, es por esas mismas causas que debemos explicar la diversidad de las lenguas y la diferencia de sus caracteres” (Rousseau [1763] 1998: 146).

### 3. Genética del orden de palabras

No solo la invención de las clases de palabras ha sido estimulante para la formulación de hipótesis sobre el origen, también lo fue el modo como se ordenan las palabras en la frase: la *construcción*, un concepto que excede lo puramente gramatical. Las respuestas que da la filosofía de las Luces son intervenciones en un debate ya establecido en el siglo anterior pero que se continúa en el XVIII; un debate cuyo eje son dos términos, el de *natural*, cuya presencia es clave en la busca de orígenes; y el término, más técnico, de *inversión*, o alteración del orden natural.

Para los racionalistas, *natural* se identifica con *universal* y como tal es inherente al ser del lenguaje. La frase modelo es el enunciado asertivo que sigue el orden SVO, y tiene su fundamento lógico en la forma del juicio, ya que el objeto del lenguaje es la enunciación del pensamiento; y tiene su fundamento ontológico en el modo de ser de la realidad: primero es el agente que la acción, antes es la sustancia que la cualidad, antes la acción que el objeto o término de esa acción. Afirma el gramático racionalista Nicolas Beauzée: “Lo ordinario en todas estas lenguas (las llamadas *analíticas*) es que el sujeto preceda al verbo, porque es el orden en que el espíritu ve un ser antes de observar su manera de ser; que el verbo sea seguido de su complemento, porque toda acción debe comenzar antes de llegar a su término”.<sup>8</sup>

Para esta posición, *natural* significa *racional*; el orden racional es el que conviene al espíritu, a la sustancia pensante, diríamos, pues la filiación cartesiana es evidente. Pero la sustancia material, sensible, también tiene su expresión en lenguaje; por eso existe junto a la construcción analítica una construcción traspositiva: es decir, la inversión, que está para “hacer que las palabras tomen inflexiones que se caracterizan en relación a este orden analítico”, se recurre a ella cuando el orden de la elocución se entrega “a la influencia de la armonía, al fuego de la imaginación, al interés [...] de las pasiones” (*ibid.*). La inversión, hecho innegable, solo existe para Beauzée en función del orden analítico; existe porque no todo es pensamiento lógico, porque también están las pasiones del alma.

La genética es un método extraño a este modelo. La disposición natural-racional está puesta ya en el origen: “Puesto que el hombre natural y primitivo –dice Beauzée–, en tanto criatura divina debe ser virtuosa, la inversión fue introducida en el lenguaje por el arte, esto es, por la astucia” (*ibid.*, 241).

<sup>8</sup> Citado por Pellerey (1993: 240). Beauzée sustituyó a Dumarsais, muerto en 1756, en la redacción de los restantes artículos gramaticales de la *Enciclopedia*.

También César Chesneau Dumarsais, autor de la entrada *Construction* (1754) de la *Encyclopédie*,<sup>9</sup> parece, en principio, seguir la corriente genética. Sugiere, en efecto, que el estado actual de las lenguas es resultado de un proceso, imperceptible para los hablantes, pero que supone “reflexión, trabajo, experiencia y ejercicio”; esto es, una etapa “irregular” en la formación de una lengua (1754: 436). Su posición, ecléctica, contiene rasgos del racionalismo que mostramos en Beauzée –que se ve en su diferenciación entre *sintaxis* y *construcción*– y atisbos de la teoría sensualista, como el atribuir a los signos la función de descomponer la unidad del pensamiento en una secuencia de ideas distintas (Dumarsais [1729] 1987: 104)

Los signos articulados [...] nos dan la manera de vestir, por así decir, nuestro pensamiento, de hacerlo sensible, de dividirlo, de analizarlo; en una palabra, de hacerlo comunicable a los otros con más precisión y detalle. Así, los pensamientos particulares son [...] un todo que el uso del habla divide, analiza y distribuye en detalle por medio de las diferentes articulaciones de los órganos del habla que forman las palabras.

Además, en contraste con la visión “solitaria” del lenguaje destinado únicamente a materializar un pensamiento incorpóreo, la concepción de Dumarsais es comunicativa y social: “si después de la Creación, el hombre hubiese vivido en soledad, nunca habría necesitado observar en su pensamiento un sujeto, un atributo, un sustantivo” ([1754] 1987: 412).

Dumarsais distingue tres tipos de construcción: *simple*, *inversa* y *usual*. La primera se acerca a la *natural* de Beauzée (y también es llamada *natural*, *necesaria*, *significativa*, *enunciativa*); es la matriz de las otras, de la inversa, el modelo latino, y de la usual, que, siendo combinación de ambas, admite inversiones. Aclara: “la construcción *simple* y *necesaria* es la base y el fundamento de toda construcción usual y elegante” ([1754] 1987: 479). Opone así razón y uso, de modo que lo *natural* queda limitado a una *forma* no siempre presente en la producción.

Aunque es la *simple* y *natural* la indicada como modelo incluso en la adquisición del lenguaje, Dumarsais postula un estado primitivo en la constitución de una lengua en el que por “una cuestión de metafísica de espíritu y sentimiento” la expresión no habría seguido el orden *simple*, aunque los gramáticos habrían podido encontrar en ella los rasgos que caracterizan a esa construcción: un análisis del pensamiento en partes, los signos de esas partes y los que marcan las relaciones entre ellas (“signos de relación”). La producción basada en la construcción *simple* o *natural* es el resultado de una evolución; pero como ese ordenamiento se ha naturalizado no reparamos en que “lo que nos parece haber sido hecho sin esfuerzo es el fruto de la reflexión, del trabajo, de la experiencia y del ejercicio. Nada más irregular que una lengua que se forma o que se pierde” (Dumarsais [1754] 1987: 436). En cuanto a la tercera ([1754] 1987: 437):

Hay finalmente una *construcción usual*, en la que se sigue la manera ordinaria de hablar de las personas educadas [*honnêtes gens*] de la nación en que se habla la lengua, tanto si las expresiones que se usan son conforme a la *construcción simple* o si responden a la *construcción figurada* [entiéndase “inversa”]. [...] por *personas educadas* entiendo las personas a las que la condición, la fortuna o el mérito elevan por encima de lo vulgar y que tienen el espíritu cultivado por la lectura, por la reflexión y por el contacto con otras personas que tienen las mismas ventajas.

Aparece aquí un elemento nuevo, una distribución social de los modos de hablar, y la construcción usual es puesta en el lugar de prestigio: es la forma básica del discurso de las

<sup>9</sup> *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (editada entre 1751 y 1772 por Denis Diderot y Jean d’Alembert), tomo IV, 1754.

personas instruidas de Francia.<sup>10</sup> Afirmar esto significa que la construcción francesa no se identifica plenamente con la construcción lógica, analítica, natural, un tópico habitual al tratar del orden de palabras. Dumarsais, al contrario, está proponiendo un *estándar*, dicho en términos actuales, una norma modelo. En esa norma la construcción simple o natural no queda excluida, sino que tiene la función de un recurso para la elocuencia, la simplicidad y la elegancia; la *usual*, por su parte, es preferible “cuando las inversiones sirven a la claridad” (Dumarsais [1754] 1987: 437).

Volvamos a Condillac. Para él la frase primitiva fue, por necesidad, del tipo *fruit vouloir*: se comenzaba por el signo más familiar (el nombre de la cosa), por la idea más fácil de comunicar para el hablante y más fácil de comprender para el oyente. Cuando se inventa el nominativo, este no puede comenzar la frase objeto-verbo, porque la relación de ese sujeto con el verbo “habría sido menos perceptible” o “habría oscurecido la relación” entre la cosa y el estado del alma (*querer*); debía ir, pues, atrás del verbo: *fruit vouloir Pierre*. “Así –dice ([1746] 1999: 209)– las palabras se construían en el mismo orden con que se regían, único modo de facilitar la comprensión.” Y agrega que “esa construcción era tan natural como es hoy *Pierre veut du fruit*”. Con esta afirmación Condillac sienta posición sobre la cuestión del *orden natural*: tampoco nuestro modo de ordenar las palabras es objetivo ni universal, posición que se sustenta en argumentos de orden genético.

En la *Grammaire* el tema de la inversión es trabajado en el marco de un mayor desarrollo de la oposición *simultaneidad / sucesión*, que veremos ya en el texto de Diderot de 1751. Este surge lógicamente del principio sensualista de que las sensaciones, base de las ideas, se dan en un todo simultáneo (que el lenguaje de acción manifiesta combinando a la vez movimientos del cuerpo, visajes, gritos no articulados: un conjunto de signos no analizados aún). La sucesión de las ideas se da con la adquisición de los signos artificiales, orales, articulados, que al deber producirse de manera serial por exigencia de los órganos de fonación transmiten su linealidad al pensamiento. Los ejemplos *fruit vouloir*, etc. son hipótesis de cómo habrían sido las primeras emisiones en ese lenguaje de signos articulados y artificiales.

Esta teoría es expuesta en la primera parte de la *Grammaire* y aplicada luego al tratamiento de las construcciones en los capítulos de la sintaxis (2ª parte, capítulos 26 y 27). Sigue primero a Dumarsais: “La sintaxis, como lo señala el Señor du Marsais, consiste en los signos elegidos (en una lengua) para marcar las relaciones, y la construcción consiste en las diferentes disposiciones que podemos permitirnos, observando las reglas de la sintaxis” ([1775] 1798: 333); pero se aparta de él en el uso del término *natural*. Condillac reconoce dos construcciones; la *directa*, en que el sujeto precede al verbo con sus complementos, y la *inversa (renversée)*, cuando hay “trasposición”, anticipación de uno o más complementos. La inversión, explica, “no es, como dicen los gramáticos, un orden contrario al orden natural, sino solo un orden diferente del orden directo; y las construcciones directas e inversas *son igualmente naturales*”. Y luego una aclaración importante: “La palabra *natural* es tomada aquí de manera impropia. No significa lo que hacemos a consecuencia de la conformación que nos da la naturaleza, sino solo lo que hacemos como consecuencia de los hábitos que adquirimos” ([1775] 1798: 335). Es decir, solamente aquel lenguaje primitivo sería natural, ya que justamente es definido como no aprendido, como una expresión que surge de la propia conformación del cuerpo, opuesto al lenguaje de signos artificiales, inventados según el modelo semiótico del lenguaje de acción. En efecto (Condillac [1775] 1798: 336):

<sup>10</sup> Condillac, en cambio, no historiza el problema, dice simplemente que es imposible (para cualquiera) hablar sin inversiones.

[...] no hay en el espíritu ni orden directo ni orden inverso, ya que percibe al mismo tiempo todas las ideas de las que juzga: las pronunciaría todas juntas si le fuera posible pronunciarlas como las percibe. Eso le sería natural; es así como habla cuando no conoce más que el *lenguaje de acción*.

Primitivo, salvaje o natural, el hombre de Condillac tiene ideas y juzga desde que tiene sensaciones, o *porque* tiene sensaciones; y tiene lenguaje. Hacer hipótesis de cómo pudo ser ese lenguaje parecerá hoy ocioso, pero es innegable que desandar ese camino de *progreso* lingüístico, como lo hicieron los ilustrados, solo es posible cuando se ha llegado a un conocimiento como el que, según vemos, exhiben los filósofos que estamos analizando. Saber del hombre natural es, además, saber del hombre civil que lo contiene y lo conserva en tanto ser pensante: aunque nuestro lenguaje sea lineal, y aunque nuestro pensamiento se haya conformado a la sucesión que le impuso el lenguaje artificial, seguimos pensando de acuerdo con ese complejo simultáneo que imponen las sensaciones: “solo en el discurso las ideas tienen un orden, directo o inverso, porque es solo en el discurso donde se suceden” (Condillac [1775] 1798: 336).

Diderot, nuestro próximo autor, basa, justamente, su visión de la construcción y de la inversión en el hecho de que las ideas se nos presentan juntas en el espíritu (o, al menos, con una velocidad mayor que la del habla), de modo que al pronunciarlas se da un ajuste necesario a los requisitos de *cada lengua* y de la situación de uso.

**Denis Diderot** trata el problema de la inversión en la *Carta sobre los sordomudos* (1751).<sup>11</sup> Se trata de una respuesta a Charles Batteux, quien como tantos afirma que el francés se distingue por seguir siempre el orden directo. El eje de la crítica de Diderot es la posición del adjetivo (1751: 7): “si se quiere sostener que no hay inversión en francés, o al menos que es más rara que en las otras lenguas [...], se lo puede sostener, cuando mucho, en el sentido de que nuestras construcciones son en su mayoría uniformes, que el sustantivo es casi siempre puesto antes del adjetivo y el verbo entre ambos”; se refiere al enunciado asertivo del tipo *la nieve/es/blanca*. Pero si una lengua refleja el orden natural de las ideas, ¿no debería dar la prioridad al adjetivo? Diderot recurre a un argumento sensualista: “el sustantivo no es nada y el adjetivo lo es todo”; ¿por qué en la construcción aquél debería preceder a este? Lo que primero afecta nuestros sentidos son las cualidades de los cuerpos, el sostén de esas cualidades, y la llamada *sustancia* es solo “ese ser imaginario que llamamos sustancia”, es decir, una construcción del entendimiento.

En la formación de las lenguas, una vez superada la etapa de los nombres individuales de los objetos sensibles, se empezó a distinguir las cualidades de las cosas, a nombrarlas, y así se crearon los adjetivos físicos. Solo por abstracción de las cualidades sensibles (impenetrabilidad, extensión, color, figura, etc.) se formaron los “nombres metafísicos y generales”, los sustantivos. Como “se llegó a creer que esos nombres generales representaban seres reales”, esto es, sustancias, el adjetivo vino a designar las cualidades y quedó subordinado al sustantivo, lo que primariamente representa una inversión. En efecto, si a la pregunta *¿qué es un cuerpo?*, se responde *una sustancia extensa, impenetrable, coloreada, móvil...*, al quitar los adjetivos, “¿qué quedará de ese ser imaginario que llamamos sustancia?”. Pero, “si se quisiera ordenar los términos en la misma definición siguiendo el orden natural se diría: *colorido, con figura* [figuré], *extenso, impenetrable, móvil, sustancia*. Ese es el orden que las diferentes cualidades de las porciones de la materia afectarían a un hombre que viera un cuerpo por primera vez” (Diderot 1751: 6). Ese “orden de las

<sup>11</sup> El título proviene de la idea de descubrir el mecanismo de la inversión observando los gestos de los sordos de nacimiento, cuyas frases no estarían contaminadas por ninguna lengua oral; si usan inversiones, piensa, “es la naturaleza la única que las sugiere”. El proyecto de armar un experimento con sujetos oyentes que solo se valgan de gestos (“sordomudos de convención”) es, sin embargo, desechado ante el riesgo de no poder evitar la interferencia de sus lenguas.

cualidades” serían las sensaciones visuales de figura, color, extensión, la táctil de impenetrabilidad y la visual y táctil de la movilidad. Es decir, en aquella respuesta, nuevamente, hay inversión; o subversión, si se quiere, de la fórmula racionalista *antes es la sustancia que los accidentes*.

La posición de Batteux había recibido críticas más severas por parte de Beauzée, por “poner como criterio del orden de palabras ese aspecto secundario de la lengua que es la expresión del interés, de la imaginación y de las pasiones, que de hecho pertenecen al dominio de la retórica”, situando “las sensaciones variables, las impresiones recibidas, en el lugar del pensamiento siempre semejante a sí mismo”, sustituyendo “el espíritu por el corazón y la gramática por la retórica” (Ricken 1978: 144).

Otra diferencia de Diderot respecto de Batteux es señalar que las inversiones están motivadas por la tendencia a presentar primero “la idea principal”; esta funciona como una clave para orientar la comprensión de las otras ideas que presenta la proposición. El problema está en saber para quién es principal la idea principal, si para el hablante o para el oyente. Discute entonces el mismo texto con que argumenta Batteux, el comienzo del *Pro Marcello* de Cicerón: *De mi prolongado silencio/.../hoy he decidido el fin/...*<sup>12</sup>. Ese “prolongado silencio” era la idea principal para la audiencia, que venía colmada de expectativas por el hecho de que el orador se había mantenido largo tiempo apartado de las tribunas. Pero no lo era para Cicerón, para él la idea básica habría sido la frase *hoy he decidido el fin*, “pues lo que más preocupa (*frappe*) a un orador que sube a la tribuna es el hecho de que va a hablar y no que ha guardado silencio por mucho tiempo” (Diderot 1751: 37).

Aceptemos este argumento que sirve a la demostración de que, primero, contra Batteux, hay allí inversión; segundo, que la inversión es relativa: puede ser para unos, el hablante, en este caso, y no para otros, los oyentes, que hallarían natural la referencia al silencio. Y, tercero, lo más importante, en ninguna lengua, ni en una traspositiva, como el latín, ni en una “directa”, como el francés, se sigue el orden natural, el que las ideas guardarían en el espíritu: “puesto que la inversión propiamente dicha, o el orden de institución, el orden científico y gramatical, no es otra cosa que un orden en las palabras contrario a las ideas, lo que es inversión para uno, a menudo no será para otro”; así pues, “en una secuencia de ideas no ocurre siempre que todos sean afectados por la misma. Por ejemplo, si de las dos ideas contenidas en *serpentem fuge* (“una serpiente, ¡huye!”) os preguntase cuál es la principal, me diréis [...] que es la serpiente, pero otro pretenderá que es la fuga; y ambos tendrán razón.” En efecto, “el medroso solo piensa en la serpiente, pero el que teme menos a ella que a mi desgracia, solo piensa en mi fuga: uno se asusta y el otro me advierte” (Diderot 1751: 35.). Todos creen que su discurso sigue exactamente el de las percepciones de su espíritu; sin embargo no hay nada de eso, concluye Diderot. Ningún orden es natural, todo orden es instituido, por el uso, por el hábito. En los romanos “el largo hábito de trasponer” o en los franceses el apego a la secuencia SOV, orden *científico* o *de institución*, responden a condicionamientos que no son dominados por el hablante. En el ejemplo de Cicerón, es el oyente el que condiciona, pero las inversiones son, antes que nada, una propiedad de la lengua latina y están en ella, justamente, “por el largo hábito de trasponer”. Es siempre la lengua la que impone a los usuarios las formas que la costumbre ha instituido en ella; es decir, en términos de hoy, la *materialidad* de la lengua se impone a los hablantes.

<sup>12</sup> El texto dice: “*Diuturni silentii, patres conscripti, quo eram his temporibus usus –non timore aliquo, sed partim dolore, partim verecundia– finem hodiernus dies attulit, idemque initium quae vellem quaeque sentirem meo pristino more dicendi.*” Mi traducción de las partes en cursiva es libre para poder mantener el genitivo inicial.

¿Por qué hay pocas inversiones en francés? Diderot busca la respuesta *en lo exterior* de la lengua; no en el espíritu, sino en la historia (1751: 9):<sup>13</sup>

[...] somos deudores de la Filosofía Peripatética, que dio realidad a todos los Seres generales y metafísicos, por el hecho de que no haya en nuestra lengua lo que llamamos inversiones en las lenguas antiguas. En efecto, nuestros autores galos las tenían en mayor cantidad que nosotros, y esta filosofía reinó en el tiempo en que nuestra lengua se perfeccionaba bajo Luis XIII y Luis XIV.

Una vez inventados los signos artificiales, ya no tiene sentido hablar de un orden natural, Diderot coincide en esto con Condillac: es el contraste entre la simultaneidad de las ideas y la necesaria serialidad del lenguaje articulado lo que excluye toda posibilidad de defender *por naturaleza* un orden por encima de los otros. Si hay inversión es justamente porque existe esa “descomposición de los movimientos simultáneos del alma” y porque ese análisis genera una “multitud de expresiones”: “el alma experimenta una multitud de percepciones, si no a la vez, al menos con una rapidez tan tumultuosa que es imposible descubrir su ley” (Diderot 1751: 41). La única construcción natural, decía Condillac –como cité más arriba–, sería pronunciar todas las ideas juntas, lo que solo era posible en el lenguaje de acción; y lo mismo afirma Diderot:

[...] la sensación no tiene en el alma ese desarrollo sucesivo del discurso, y si pudiese dar comandos a veinticinco bocas al mismo tiempo, con una palabra para cada una, todas las ideas precedentes serían dichas al mismo tiempo. [...] Pero a falta de muchas bocas, he aquí lo que fue hecho: varias ideas fueron ligadas a una sola expresión; si esas expresiones enérgicas fuesen más frecuentes, en vez de que la lengua se arrastrara sin cesar atrás del espíritu, la cantidad de ideas comunicadas al mismo tiempo podría ser tal que, al ir la lengua más rápido que el espíritu, este se vería forzado a correr atrás de ella. ¿En qué se transformaría entonces la inversión que supone una descomposición de los movimientos simultáneos del alma y una multitud de expresiones?

Claro está que esto no impide a Diderot ver el orden del francés como el mejor entre todos los órdenes instituidos (1751: 48):

[...] si comparamos nuestra construcción con la de las percepciones del espíritu sujetas por la lengua griega o latina [...] no es casi posible tener menos inversiones de las que tenemos. Decimos las cosas en francés tal como el espíritu está obligado a considerarlas en cualquier lengua que se escriba. Cicerón, por así decir, más que obedecer a la sintaxis latina, siguió la sintaxis francesa.

Aunque la última frase suene pretenciosa,<sup>14</sup> todo el párrafo lleva la visión sensualista a un punto de saturación: si en el principio la linealidad del signo transmitió su linealidad al pensamiento, el lenguaje jugó un papel determinante respecto de él, pero una vez allanado el camino para su mejoramiento o perfección, el pensamiento acaba condicionando el lenguaje. Dice Ricken: “las categorías de la filosofía aristotélica habrían tenido un papel en la evolución que desembocó en la uniformización del orden de palabras en francés” (1978: 127).

Toda pregunta se hace desde un presente, aunque la respuesta haya que buscarla a veces en otro lugar, en el pasado, en el origen. Y en el caso de estos autores, ese presente también contiene elementos del origen que se han preservado. De ahí el interés por la expresión por gestos, como el lenguaje de los sordos, que permitiría desentrañar un orden de pensamientos no afectado por las lenguas orales, con toda su carga histórica. Los sordos son los salvajes del presente. Sobre todo en un momento en que, se cree, el francés (y podría extenderse esto a los

<sup>13</sup> Ricken usa al respecto la acertada expresión “perspectiva histórico-genética” (1978: 126).

<sup>14</sup> Quizá fuese un lugar común al hablar de estos temas. Ricken cita la misma expresión en *Le Laboureur*, un cartesiano radical del siglo XVII (1978: 9).

vernáculos europeos en general) se ha alejado del estado originario de las lenguas. Afirma Ricken (1978: 125): “El alejamiento del orden natural original que solo reposaba en la percepción sensible se produjo justamente a causa de la evolución del lenguaje y del pensamiento tendiente a una forma de abstracción cada vez más elevada. El pensamiento abstracto, el *esprit*, no implica inversiones porque en él la secuencia de los pensamientos y de las palabras se confunden.” Si esto es así, sensualistas y racionalistas se tocan en este punto, aunque los caminos seguidos hayan sido opuestos y hasta contradictorios; aunque la coincidencia entre pensamiento y lenguaje haya sido, para los sensualistas, no un don innato, sino la expresión de una larga marcha en pos del perfeccionamiento humano a partir del estado de naturaleza.

#### 4. Conclusión

Quiero por último sintetizar algunos aspectos de la visión genética que el análisis de los textos ha ido mostrando. La genética está asociada al sensualismo como manera de abordar los objetos de conocimiento, en este caso, el lenguaje y la sociedad; pero también otros, como sugiere la frecuencia con que *origen* aparece titulado toda una diversidad de obras hasta muy entrado el siglo XIX. Su poder explicativo se consolida en la crítica a las ideas innatas, un punto que John Locke introduce en su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de 1690. Poner la sensación como principio único, un punto con el que el sensualismo de Condillac avanza sobre el empirismo de Locke, supuso invertir la relación sustancia / cualidad (según vimos en afirmaciones de Diderot).

La necesaria simultaneidad de las sensaciones, transmitida a las ideas, impidió, por tiempos que una lenta evolución no permite fijar, la posibilidad de tener ideas distintas: el hombre no nace racional, la razón es el resultado de una transformación semiótica. El pasaje del gesto complejo como expresión de la acción conjunta de los sentidos a una expresión analítica, los signos articulados que permitieron separar las ideas, solo pudo ser dada con esa invención de los signos artificiales, los únicos que permitieron pensar. Si leemos *artificial* como *arbitrario*<sup>15</sup> podemos decir que, según esta visión, los hombres, con el lenguaje, inventaron la cultura.<sup>16</sup>

En este relato del trabajo humano por crearse un lenguaje he destacado la idea de que los pensadores de esta vertiente sensualista de la Ilustración vieron en su presente el momento más alto del pensamiento y de la evolución de las lenguas. La enorme empresa de la Enciclopedia es testimonio de esto. Y esa perfección llevó naturalmente a preguntarse cómo se dio ese proceso, a preguntarse por el origen.

Los textos reunidos por este artículo coinciden en un momento coyuntural, la década de 1750. Creo que esta coincidencia tiene la ventaja de dar más “realismo” al estado de debate entre sus autores. Sin duda he dado a Condillac un lugar central en este encuentro textual, pero eso ha servido también para mostrar las discordancias y el enriquecimiento de su teoría por parte de sus discípulos. Rousseau con su crítica de la genética en el *Discours*, reaparece una década más tarde, en el *Ensayo*, con un enfoque renovado que se desplaza desde lo universal del *lenguaje* a lo particular de *las lenguas*.

Pero debo destacar algo que quizá se haya perdido en esta maraña de citas y comentarios. La idea de que una lengua es lo que es, menos por algo intrínseco a ella que por factores externos que la determinan. Además de los discursos que la constituyen –lengua de la razón,

---

<sup>15</sup> Los sensualistas no usan el término. Condillac defiende *artificial* y condena *arbitrario* por significar “sin razón” y “caprichoso” ([1775] 1798: 10), pero la noción actual de arbitrariedad está próxima de lo que entendían por *artificial*.

<sup>16</sup> Cf. C. R. Luis (2008).

lengua del púlpito, de la poesía, etc.—, una lengua es lo que las tecnologías han hecho de ella: su instrumentación por medio de la escritura, de las gramáticas y diccionarios que la describen y por las políticas que la intervienen: la *externalidad* expuesta por Sylvain Auroux.<sup>17</sup>

De algún modo, Diderot nos da una visión sintética de esa externalidad, al mismo tiempo que resuelve el intrincado problema de la inversión. Lo “natural” de las lenguas es una ilusión, quiere decirnos; las lenguas son *idiomas* en el sentido en que esta palabra encierra en su significado lo *particular*, es decir lo que los hábitos lingüísticos de sus hablantes han ido dejando en ella.

## Bibliografía

- Arrivé, Michel. 2001. *Lingüística e psicanálise*. São Paulo: EDUSP.
- Auroux, Sylvain. 1979. *La sémiotique des encyclopédistes*. París: Mardaga.
- Auroux, Sylvain. 1992. *A revolução tecnológica da gramatização*. Campinas: Editora da UNICAMP.
- Auroux, Sylvain. 1998. *A filosofia da linguagem*. Campinas: Editora da UNICAMP.
- Condillac, Etienne Bonnot de. [1746] 1999. *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*. Traducción española de E. Mezorriaga. Madrid: Tecnos.
- Condillac, Etienne Bonnot de. [1775] 1798. *Oeuvres complètes*, Vol. V: Grammaire. París: Ch. Houel.
- Derrida, Jacques. 1994. “La lingüística de Rousseau”. *Márgenes de la filosofía*. Traducción de Carmen González Marín. Madrid: Cátedra.
- Diderot, Denis. 1751. *Lettre sur les sourds et muets*. Versión digital de la Taylor Institution Library, St. Giles, Oxford.
- Dumarsais, César Chesneau. [1729] 1987. “Fragment sur les causes de la parole”. *Les véritables principes de la grammaire*. París: Fayard. 99-117.
- Dumarsais, César Chesneau. [1754] 1987. “Construction”. *Les véritables principes de la grammaire*. París: Fayard. 410-480.
- Luis, Carlos R. “Genéticas de la frase”. Messineo, Cristina, Marisa Malvestitti y Roberto Bein (eds.). *Estudios en lingüística y antropología. Homenaje a Ana Gerzenstein*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (en prensa).
- Luis, Carlos R. 2008. “Lo arbitrario del lenguaje y el lugar de la cultura”. *Pro-Posições XIX*, 1. 189-201.
- Pelleroy, Roberto. 1993. *La théorie de la construction directe de la phrase*. París: Larousse.
- Ricken, Ulrich. 1978. *Grammaire et philosophie au Siècle des Lumières*. Lille: Universidad de Lille.
- Rousseau, Jean Jacques. [1755] 1999. *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*. París: Librio.
- Rousseau, Jean Jacques. [1763] 1998. *Ensaio sobre a origem das línguas*. Traducción portuguesa de Fulvia Moreto. Campinas: Editora da UNICAMP.
- Saussure, Ferdinand de. [1916] 1945. *Curso de lingüística general*. Traducción de Amado Alonso. Buenos Aires: Losada.
- Smith, Adam. [1759(?)] 1970. *Considerations Concerning the First Formations of Language*. Traducción francesa en Charles Porset. *Varia linguistica*. Burdeos: Ducros. 303-344.

<sup>17</sup> En *La revolución tecnológica de la gramatización* (1992), entre otros textos. Hasta podría decirse, extendiendo esa idea, que los signos artificiales instrumentaron el lenguaje de gestos.